

Periodismo y literatura, relaciones difíciles

Moisés Limia Fernández¹

Relaciones históricas entre periodismo y literatura

Las afinidades (más o menos reconocibles y reconocidas) entre el periodismo y la literatura son innumerables y se remontan muy atrás en la historia. En una suerte de prehistoria del periodismo podríamos considerar a Homero como el primer gran periodista conocido. *La Odisea* es de un modo bien evidente una suerte de reportaje periodístico, mientras que *La Ilíada* es una composición a través de crónicas.

Flavio Josefo nos habla de los historiadores de Babilonia, encargados de escribir día a día cuanto acontecía. En el mundo heleno Alejandro Magno llevaba ya en el año 325 a.c. cronistas a sueldo en sus expediciones. La propia *Anábasis* de Jenofonte son una serie de crónicas, a veces reportajes, sobre la retirada de los diez mil. Incluso se ha postulado a Tucídides, con sus relatos en torno a la guerra del Peloponeso, como el primer reportero de guerra de la historia.

Le Cler sitúa en Roma el nacimiento del periodismo con la “Acta diurni populi romani”, creadas por Julio César, de cuya redacción se ocupaba un magistrado, y que contenían multitud de noticias relacionadas con los negocios, la vida social romana, las fiestas, el circo o sucesos extraños. Según Acosta Montoro, aquello era “una especie de agencia de noticias”². El mismo César emprendió una iniciativa semejante a la de Alejandro Magno, convirtiéndose en cronista de sus propias gestas en *De bello gallico*. Cuentan también los historiadores que Cicerón tenía contratados cronistas a sueldo en toda Roma.

Los orígenes del periodismo se encuentran en el mundo de la literatura. En la E. M. no eran sino los juglares y trovadores los encargados de transmitir las noticias. Los pliegos sueltos (cuadernillos de dos a cuatro

hojas) eran textos literarios, histórico-literarios o periodístico-literarios que fueron pregonados por truhanes y mendigos en ferias y mercados³. El *Poema de Mío Cid* es un reportaje, en tono didáctico, con una plausible carga informativa.

En toda Europa, en los siglos XIII, XIV y XV aumentó la demanda de noticias debido a la necesidad de saber lo que ocurría en las muchas guerras que se produjeron en esa época. De 1440 a 1605 el noticierismo se extiende por toda Europa, sobre todo en Italia, con las gacetas⁴.

Faltaban, sin embargo, en ese tipo de publicaciones dos rasgos esenciales: periodicidad y continuidad, características estas que no hicieron su aparición hasta el siglo XVIII. Incluso los historiadores más rigurosos apuntan al *Nievue Tijdigan (Últimas Noticias)* como el primer periódico regular del que se tiene constancia, editado en Amberes ya en 1605. Sin embargo, el primer periódico diario fue el inglés *Daily Courant*, aparecido el 11 de marzo de 1702.

En España, el punto de partida en las relaciones entre literatura y periodismo podemos situarlo en el año 1737, con el *Diario de los literatos de España (1737-1742)*, que a pesar de su título poca literatura ofrece, salvo poesías. En el siglo XVIII asistimos a la publicación en periódicos y revistas de obras narrativas y de composiciones líricas. Mientras los géneros y los modos de hacer propios de la literatura se adaptaban a las especiales condiciones de la prensa de periodicidad, espacio y estilo; las obras literarias obtuvieron el mismo eco de popularidad y rapidez de difusión que las noticias.

Ya en el siglo XIX podemos afirmar sin temor a ruborizarnos que el principal canal de propagación y difusión de la literatura es la prensa, muy por encima del libro. Es la primera mitad de este siglo la época dorada de la prensa de opinión, denodadamente

ideologizada y politizada. Son también los años de pujanza del folletín en la prensa, de las novelas por entregas como clara muestra primigenia de la interrelación entre periodismo y literatura. Es muy extensa la nómina de escritores dedicados al periodismo, como Benito Pérez Galdós (cronista de su época, tanto en los diarios escritos como en su obra narrativa) como Pedro Antonio Alarcón (director de *El Látigo*) o Leopoldo Alas *Clarín*, una de las puntas de lanza del periodismo de tono didáctico. Sería un sacrilegio no mentar a Larra, testigo crítico de su tiempo y genio que consagró el artículo periodístico como género literario. Otros escritores-periodistas españoles destacados fueron Valera, Unamuno, Azorín, Baroja o Cela, entre otros muchos.

El siglo XX es, sin duda, el del auge del ensayismo en la prensa. Ortega y Gasset fue un activo colaborador de periódicos y en periódicos. *La España invertebrada* es una recolección de artículos publicados con anterioridad en prensa, y *La rebelión de las masas* fue apareciendo por entregas en el diario *El Sol*. Eugenio D'Ors también recurrió a diarios y revistas para difundir su obra y su pensamiento.

Polémica entre periodismo y literatura

Polémica esta que se antoja sin solución evidente o satisfactoria, que convenza a todas las partes implicadas. La susodicha polémica entre periodismo y literatura, entre sus semejanzas evidentes y sus diferencias patentes, se planteó en España en el año 1845 cuando Joaquín Rodríguez Pacheco se refirió al periodismo como género independiente, en su discurso de recepción en la Real Academia. Cincuenta años más tarde, el escritor-periodista Eugenio Sellés, también en su discurso de ingreso en la docta casa afirmaba la condición del periodismo como género literario independiente:

“Es género literario la oratoria, que prende los espíritus con la palabra y remueve los pueblos con la voz; es género literario la poesía, que aloja la lengua de los ángeles en la boca de los hombres; es género literario la historia, enemiga triunfante de la

destrucción y del tiempo, porque hace volver el que pasó y resucita el alma de las edades muertas; es género literario la novela, que narra lo que nadie ha visto, de suerte que a todos nos parece verlo; es género literario la crítica, que pesa y mide la belleza y tasa el valor y contrasta la verdad y las mentiras artísticas; es género literario la dramática, que crea de la nada hombres mejores que los vivos y hechos más verosímiles que los reales; no ha de serlo el periodismo, que lo es todo en una pieza: arenga escrita, historia que va haciéndose, efemérides instantánea, crítica de lo actual y, por turno pacífico, poesía idílica cuando se escribe en la abastada mesa del poder y novela espantable cuando se escribe en la mesa vacía de la oposición?”⁵

No fueron pocos los escritores que pusieron en duda la condición del periodismo de género independiente como por ejemplo Juan Valera, para quien lo que distingue al periodista de cualquier otro escritor poco o nada tendría que ver con la literatura. El propio *Azorín*, que tantas páginas llenó en multitud de diarios negaba tajantemente cualquier relación, y se manifestaba además totalmente contrario a la existencia de centros especializados en la formación de periodistas.

La Real Academia Española terminaría zanjando de un modo contundente e inequívoco esa polémica con la incorporación a uno de sus sillones inmortales del periodista Mariano de Cavia.

Los teóricos y el asno de Buridán

Sin que con ello trate de menoscabar (nada más lejos de la intención del autor de este trabajo) las teorías del periodismo y el trabajo infatigable de los teóricos de la comunicación, sus escritos, hipótesis y creencias sobre las relaciones entre el periodismo y la literatura se asemejan peligrosamente a la parábola del asno de Buridán⁶. La mayoría de estos teóricos coinciden en considerar el significado del periodismo, strictu sensu, como “información de actualidad”.

“Periodismo, en su sentido estricto y exacto equivale a información de actualidad. Es decir: que en un periódico, o en un medio de comunicación social no escrito, cabe casi de todo, pero no todo es periodismo en el sentido exacto de la palabra, porque no todo es información de actualidad. Los fines del periodismo son específicamente informativos u orientadores. De ahí que los mensajes periodísticos puedan reducirse a tres: el relato informativo, el relato interpretativo y el comentario. Y, como es lógico, para la elaboración de esos tres tipos de mensajes, existe una técnica y un lenguaje propios, que difieren de los puramente literarios”⁷

Disiento abiertamente de esta concepción totalitaria y fallidamente aglutinadora de la elaboración de mensajes comunicativos. Puede que en relación a la información esa teoría subyacente de los géneros tenga una cierta razón de ser, pero en los otros dos tipos de relatos se hace necesaria una mayor libertad creadora y creativa, una liberación de corsés opresivos en forma de obsoletas estructuras prefijadas.

Los argumentos esgrimidos para diferenciar de un modo diáfano periodismo y literatura no se nos antojan convincentes ni necesarios. Veamos lo que dice Aguilera de la relación entre lenguaje periodístico y lenguaje literario:

“(…) La eficacia y la economía expresiva son las coordenadas dentro de las que podríamos inscribir las características propias del lenguaje utilizado en los géneros estrictamente de información de actualidad. Por el contrario, la lengua literaria aparece vinculada al hecho de que el escritor utilice un registro nuevo, diferente del ordinario”⁸

No es cierta la creencia de que el escritor aleja de la correcta transmisión de la información de actualidad al utilizar un registro “diferente del ordinario”. ¿No será más bien al contrario? El utilizar un registro distinto y planteado en términos de belleza

expresiva en absoluto constituye óbice para la labor periodística. Envuelto (¡no solapado!) el mensaje informativo en un colorido manto de riqueza expresiva, se conseguirá además de una noticia más atractiva un periodismo más efectivo. Resulta obsoleta la creencia de que la hermosura de un texto envilece la tarea comunicativa. Además, un texto redactado en base a la teoría de los géneros informativos o construido en forma de pirámide invertida o según la ley del interés decreciente no garantiza *per se* eficacia, y la “economía expresiva” se puede tornar en excesiva “economía” y ser muy poco “expresiva”.

Una de las razones aportadas para la recta separación entre periodismo y literatura es la mera alusión a la función no poética del periodismo, función que sí distingue a la lengua literaria, de acuerdo con Roman Jakobson. Para Luis Núñez Ladevéze no es la convergencia sobre el mensaje lo que puede definir funcionalmente al lenguaje periodístico⁹. Nada por nuestra parte que objetar a la pulcra teoría explicitada por Jakobson; es evidente que la función poética es distintiva de la lengua literaria. Pero hemos de recordar que en cualquier mensaje no se produce o se vehicula tan sólo una función, hay mezcolanza. En un escrito literario, además de la función poética, puede hallarse, por ejemplo, la función referencial.

Hay un grupo homogéneo de teóricos del periodismo, cuya cabeza bien visible es el profesor Martínez Albertos, y entre los que se encuentra entre otros Octavio Aguilera, que separa claramente la literatura del periodismo, a los escritores de los periodistas:

“(…) El periodista adopta normalmente al codificar sus mensajes uno de los géneros en que se plasman el estilo informativo, o en ocasiones, el estilo editorializante o de sollicitación de opinión; mientras que lo habitual en el escritor para periódicos es desenvolverse dentro del denominado estilo ameno o folletinista. Es decir: hacen literatura para ser publicada en periódicos. Su lenguaje es más o menos literario, pero no periodístico”¹⁰

El equívoco radica, a mi entender, en la asunción de que literatura y periodismo son contrarios irreconciliables. Usar un lenguaje con cierto adorno estético no es equivalente a literatura, y por tanto a “no periodismo”. A lo largo de la historia de la literatura y del periodismo hay innumerables ejemplos de reportajes literarios informativamente exquisitos (cualquiera de Ryszard Kapuscinski), incluso de novelas reportaje o reportajes novelados, precursores evidentes del periodismo de investigación.

Periodismo y literatura. Literatura y periodismo.

Extraordinario, revelador y visionario son los calificativos que mejor pueden definir el ensayo escrito en 1958 por el profesor y periodista brasileño Alceu Amoroso Lima, *O jornalismo como género literario*. El profesor Amoroso Lima divide en su libro la literatura en prosa en: literatura de ficción, literatura de apreciación y literatura de comunicación; en la apreciación estaría la disciplina periodística como modo de apreciación de “acontecimientos”; la crítica literaria como la apreciación de “obras”; y la biografía sería la apreciación de “personas”. La literatura como comunicación abarcaría la epistolar, oratoria y la conversación.

Resulta paradójico que sean (algunos) escritores-periodistas los que mejor sepan definir la particular relación existente entre literatura y periodismo. Por ejemplo el vallisoletano Miguel Delibes en su discurso de investidura de Doctor Honoris causa de la facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense:

“Hoy en día se estima la sobriedad en literatura tanto como pueda hacerse en periodismo y se acepta que una y otra puedan ser muy bien actividades complementarias. ¿Después de todo, qué hace el periodista que narra un suceso sino narrar? ¿Qué diferencia hay entre el diálogo de una entrevista y el que se entabla en una novela, aparte de la objetividad que debe presidir este último? ¿No traza esbozos descriptivos el periodista que ambienta una crónica o un reportaje?”

Desde la explosión y difusión, sobre todo, del movimiento conocido como Nuevo Periodismo parece contraproducente no solamente oponer literatura y periodismo, sino también no reconocer su complementariedad. Esta afinidad ha fructificado en multitud de obras maestras, deudoras a partes iguales tanto de la narrativa como del periodismo. De entre ellas destaca sobremanera *A sangre fría* (1965), de Truman Capote, narración sobre hechos reales pero realizada con las técnicas y la estética de la novela realista del siglo XIX.

Tan sólo hemos de apuntar a lo dicho por Delibes que la objetividad que presuntamente debe presidir todo relato noticioso no constituye más que apariencia. El dogma anglosajón de la objetividad es un *desideratum*, no una realidad. Hasta el relato más “objetivo” que nuestra mente sea capaz de imaginar está constreñido por una manipulación, una elección consciente o inconsciente del periodista.

“Toda realidad no puede convertirse más que en una ficción porque la Realidad ya es de por sí una ficción, una selección y una ordenación de elementos, que ha abandonado necesariamente una posible ordenación primera que sólo se apreció como caótica”¹¹

Además, aun dando por cierta la existencia de una objetividad entendida como una actitud coherente y profesional del periodista e intentando no ofrecer una visión sesgada e interesada de los acontecimientos, ni este concepto de objetividad, ni la exactitud ni la precisión están necesariamente reñidas con lo literario:

“El buen periodista sabe demasiado bien que la concisión se consigue mediante el hallazgo de la palabra precisa y del giro justo, y que sólo un dominio cabal del idioma permite dar una idea exacta y sucinta de lo que se trata”¹²

La fidelidad absoluta a los rígidos esquemas del periodismo decimonónico se antoja insuficiente. En palabras del periodista y escritor Manuel Rivas:

“Cuando tienen valor, el periodismo y la literatura sirven para el descubrimiento de la otra verdad, del lado oculto, a partir del hilo de un suceso. Para el escritor periodista o el periodista escritor la imaginación o la voluntad de estilo son las alas que dan vuelo a ese valor. Sea un titular que es un poema, un reportaje que es un cuento, o una columna que es fulgurante ensayo filosófico. Ése es el futuro. Paradójicamente, muchos profesores siguen cortando alas, matando al escritor que debe anidar en cada periodista. La literatura, la metáfora, la mirada personal, es hermana de la precisión”¹³

Una perfecta ejemplificación de la relación entre el periodismo y las técnicas narrativas propias de la novela realista es *Los ejércitos de la noche*, de Norman Mailer, obra publicada en 1969, y caracterizada por su perfecta mezcla de historia, reportaje y novela. La protesta contra la guerra de Vietnam se convierte en una narración.

Muchos escritores han contemplado el periodismo como sub-literatura o género menor. Ernesto Sábato hablaba de la perversión estilística e ideológica del periodismo hacia el escritor. No son pocos los literatos que se suman a esta postura, pero de seguro que si afirman tal cosa es bien por un desafortunado complejo de superioridad, bien por desconocimiento de la actividad periodística y de sus posibilidades ilimitadas.

Tras todo lo expuesto no se debe considerar arriesgado afirmar que periodista y escritor, que el periodismo y la literatura han ido, van e irán de la mano en muchos momentos. La razón principal de esta convivencia es que comparten el mismo instrumento que es la lengua.

“Periodismo y literatura son dos modos de hacer paralelos – algunas veces convergentes- cuya coincidencia fundamental radica en utilizar la palabra como utensilio de trabajo y la frase como vehículo de pensamiento”¹⁴

A lo largo de la historia no han sido pocos los escritores que en su obra consiguieron aunar armónicamente periodismo y literatura. Uno de los que han conseguido tal mérito ha sido Gabriel García Márquez, que elimina de un plumazo con logros igual de destacables para uno y otro campo, la débil y borrosa frontera existente entre periodismo y literatura.

Relato de un naufragio y el coronel no tiene quien le escriba

La mezcla entre periodismo y literatura en García Márquez es algo fácilmente comprobable y plausible en toda su producción, y con ello me refiero a sus piezas literarias y periodísticas. En su caso, esa ruptura de fronteras entre literatura y periodismo, ese solapamiento y resquebrajamiento de las estructuras y modos de hacer clásicos no sólo no perjudican los fines primigenios de una y otra actividad sino que dan un resultado tremendamente beneficioso y enriquecedor.

Llegados a este punto conviene hacer la salvedad de que en el caso de Gabriel García Márquez (como en el de tantos otros) no podemos referirnos a él solamente como periodista o como escritor. Se trata de un NARRADOR, un hombre excepcionalmente dotado para la escritura, alguien para el que la realidad “no termina con el precio de los tomates”, y que considera a la literatura no como evasión de la realidad en mera búsqueda de goce estético, sino como una “transposición poética de la realidad”. Y lleva a cabo una y otra actividad desde la tranquilidad que otorga la conciencia tranquila, desde el sosiego calmante que le otorga el compromiso con el hombre y con la verdad.

Para la ejemplificación de esa mezcla armónica entre periodismo y literatura se han escogido dos obras de García Márquez: *Relato de un naufragio* y *El coronel no tiene quien le escriba*. En principio, nadie tendría dudas a la hora de calificar *Relato de un naufragio* como un reportaje periodístico de gran calidad, y a *El coronel no tiene quien le escriba* como una pieza literaria. Sin embargo, un análisis profundo de ambas obras

demuestra que se trata de dos producciones narrativas cuya fuerza expresiva e impacto es mucho mayor merced al empleo de las técnicas narrativas de la literatura y del cumplimiento de los requisitos básicos de todo texto periodístico, respectivamente.

Relato de un naufrago se trata de un reportaje aparecido originariamente en 14 entregas en el diario *El Espectador*. Es un perfecto ejemplo de reportaje novelado, deudor en parte del nuevo periodismo norteamericano y de piezas como *Los ejércitos de la noche*, de Norman Mailer o *A sangre fría*, de Truman Capote. Cumple de hecho muchas de las características de los textos nuevoperiodísticos, como la narración en primera persona, la realización de una gran tarea documental o el detallismo, que otorga una gran verosimilitud a la narración. Se trata de un relato que toma los hechos sucedidos en la realidad y los engarza de una manera artística y atractiva. Usa técnicas narrativas como el clímax y momentos de tensión y suspense al final de cada entrega diaria. Se produce una interrelación entre periodismo y literatura. De tal modo que si en el momento de su publicación nadie dudaba de que se trataba del más auténtico periodismo, esta obra (como *A sangre fría*, por ejemplo) ha logrado trascender al tiempo. En suma, García Márquez le da una envoltura literaria a unos hechos reales, otorgando así a todas luces a sus lectores un conocimiento más completo de la realidad del naufragio.

Por su parte, *El coronel no tiene quien le escriba*, obra maestra de la literatura, sería encuadrada por cualquiera (como ya señalamos anteriormente) como una pieza narrativa ficcional, exclusivamente. El análisis exhaustivo de la obra nos conduce a la conclusión inequívoca de que se trata de algo más que eso: es literatura que es periodismo. Soy consciente de lo arriesgado de tal afirmación, pero *El coronel no tiene quien le escriba* cumple con las características básicas que todos los teóricos del periodismo señalan como básicos para un trabajo periodístico. A lo largo de las menos de cien páginas García Márquez despliega un lenguaje conciso y sobrio, dominado por una preocupación de eficacia, tomada del periodismo. Los adjetivos están contados y además es reseñable que cuida una cierta

objetividad ritual; por ejemplo, en vez de decir lo pobres que son el coronel y su esposa, se limita a describirlo. Con eso huye de la ambigüedad propia de las obras estrictamente literarias y ficcionales. Es una narración construida con frases cortas y sencillas, con una genial economía de recursos. Todas estas características son propias del lenguaje periodístico¹⁵. Profundiza en los hechos históricos de la realidad objetiva a partir de elementos ficticios, con lo que se consigue una visión mejor y más completa sobre la época de la violencia que con miles de páginas del periodismo decimonónico. Por todo ello convenimos en calificar a esta obra como una ficción de base realista.

La interrelación entre periodismo y literatura, entre realidad y ficción incluso, se da en estas dos joyas narrativas. Si a *Relato de un naufrago* le quitáramos el nombre del marinero Luis Alejandro Velasco, toda la narración semejaría más un cuento marino que un reportaje; por el contrario si el inefable coronel protagonista de *El coronel no tiene quien le escriba* tuviera nombre, nos daría la impresión de ser un personaje real.

Conclusiones

Sería un pretencioso (y no deseo tal cosa) si creyera que lo aquí expuesto va a zanjar de un modo definitivo la consabida polémica entre periodismo y literatura. El periodismo se desarrolló en su momento gracias a la labor que realizaron en las páginas de los diarios escritores de los más diversos pelajes. En esa misma época, en el siglo XIX-XX, la prensa se convirtió en plataforma y escenario de difusión de las creaciones de novelistas, ensayistas o filósofos. Fue entonces cuando se fraguó la mayor interinfluencia entre estos dos campos hermanos.

Por razones inciertas ha habido quien ha querido diferenciar y separar contundentemente al escritor del periodista. Dice Aguilera que “quizás por un residual sentimiento posesivo el escritor se niega a reconocer que el periodismo se ha profesionalizado”¹⁶. Es cierto, pero si le damos la vuelta a ese argumento también se cumple una verdad cuasi tautológica: quizás por un residual sentimiento posesivo, el periodista se niega a reconocer que la

literatura también puede ayudar a un mejor conocimiento del mundo que nos rodea.

También ha habido escritores que han denostado la práctica periodística, considerándola un arte menor o como un género inferior al arte literario. Esta concepción del periodismo como perversión estilística e ideológica parece responder a una trasnochada creencia del arte de escribir como un acto divino fraguado por la inspiración de cada cual. En todo caso se halla fuera de la realidad, o cuanto menos de espaldas a ella. Ya que como opina Martín Vivaldi muy acertadamente, el buen periodismo es, como ejercicio mental, tan difícil o más que la literatura.

No todos los escritores, por fortuna, piensan igual. Muñoz Molina, quien no distingue entre escribir para el periódico y hacer una novela, ha afirmado que aunque sean géneros diferentes (es obvio), en la redacción de ambas tipologías de escritura ha de enfrentarse a exigencias técnicas parecidas, a la necesidad de describir lo que sucede, de captar las sensaciones y las imágenes, de indagar en el alma de la gente. Y esto es así porque escritores y periodistas usan el mismo instrumento: la lengua. Lo único que les diferencia, como dijo Camilo José Cela, es el reloj.

La relación e influencia mutua con resultados enormemente provechosos para el

periodismo y la literatura han sido demostradas empíricamente por Mario Castro Arenas en *El periodismo y la novela contemporánea*. Y muchos de esos ejemplos son obras nuevoperiodísticas o influidas por ese movimiento (la razón de que no me extienda en las características, principales figuras y trabajos de esta corriente es que solamente para ello necesitaría un trabajo entero). Tomo prestadas las palabras de Manuel Rivas :

“Escritor y periodista siempre fueron el mismo oficio. Periodista es un escritor que trabaja con palabras. Busca comunicar una historia y lo hace con voluntad de estilo. La realidad y parte de mis colegas se empeñan en desmentirme. Pero sigo creyendo lo mismo”¹⁷

Tampoco tiene sentido, hablar de buen o mal periodismo o de buena o mala literatura. Aparte de la puerilidad maniquea de la aplicación de los contrarios bueno y malo, concluimos que se trataría de buena o mala escritura, sin más. No se trata de hacer un periodismo más o menos literario, sino de hacer un periodismo mejor. O como solía decir Gonzalo Torrente Ballester: “Uno, que ha sido siempre periodista, es a veces literato”.

Bibliografía

Acosta Montoro, Jose, *Periodismo y literatura*, Madrid, Guadarrama, 1973.

Aguilera, Octavio, *La literatura en el Periodismo y otros estudios en torno al mensaje informativo*, Madrid, Paraninfo, 1992.

Ayala, Francisco, *La retórica del periodismo*, Madrid, Espasa Calpe, 1985.

García Márquez, Gabriel, *El coronel no tiene quien le escriba*, Barcelona, Bruguera, 1985. [12ª edición]

García Márquez, Gabriel, *Relato de un naufrago*, Barcelona, Tusquets, 1970.

Martín Vivaldi, Gonzalo, *Géneros Periodísticos*, Madrid, Paraninfo, 1993. [3ª edición].

Núñez Ladevéze, Luis, *El lenguaje de los media*, Madrid, Pirámide, 1979.

Rebollo Sánchez, Félix, *Literatura y periodismo hoy*, Madrid, Fragua, 2000.

Rivas, Manuel, *El periodismo es un cuento*, Madrid, Alfaguara, 1997.

Urrutia, Jorge, *La verdad convenida. Literatura y comunicación*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

³ Félix Rebollo Sánchez, *Literatura y periodismo hoy*, Madrid, Fragua, 2000, p. 11.

⁴ Gaceta fue el primer nombre que se le dio a los periódicos. Gazzeta es diminutivo de gazza, que significa urraca, ave vocinglera. Por un proceso de asimilación, los venecianos habrían denominado así a las hojas impresas con noticias.

⁵ Cit. en José Acosta Montoro, *Periodismo y literatura*, Madrid, Guadarrama, 1973, p. 82.

⁶ Buridán fue un filósofo francés, discípulo del nominalista Guillermo de Occam. El asno de Buridán plantea el caso del asno que estando entre dos haces de heno, enteramente iguales en bondad, no se inclinará a ninguno de los dos y morirá de hambre. Los teóricos de la comunicación se hallan en esa coyuntura, entre el periodismo y la literatura.

⁷ Octavio Aguilera, *La literatura en el periodismo y otros estudios en torno a la libertad y el mensaje informativo*, Madrid, Paraninfo, 1992, p. 18.

⁸ Octavio Aguilera, *op. cit.*, p. 24.

⁹ Luis Núñez Ladevéze, *El lenguaje de los media*, Madrid, Pirámide, 1979, p. 267.

¹⁰ Octavio Aguilera, *op. cit.*, p. 25.

¹¹ Jorge Urrutia, *La verdad convenida. Literatura y comunicación*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 112.

¹² Francisco Ayala, *La retórica del periodismo*, Madrid, Espasa Calpe, 1985, p. 54.

¹³ Manuel Rivas, *El periodismo es un cuento*, Madrid, Alfaguara, 1997, p. 23.

¹⁴ Octavio Aguilera, *op.cit.*, p. 25.

¹⁵ Vid. Gonzalo Martín Vivaldi, *Géneros Periodísticos*, Madrid, Paraninfo, 1993, pp. 29-35.

¹⁶ Octavio Aguilera, *op. cit.*, p. 22.

¹⁷ Manuel Rivas, *op. cit.*, p. 19.

¹ Universidade de Santiago de Compostela.

² José Acosta Montoro, *Periodismo y literatura*, Madrid, Guadarrama, 1973, p. 147.